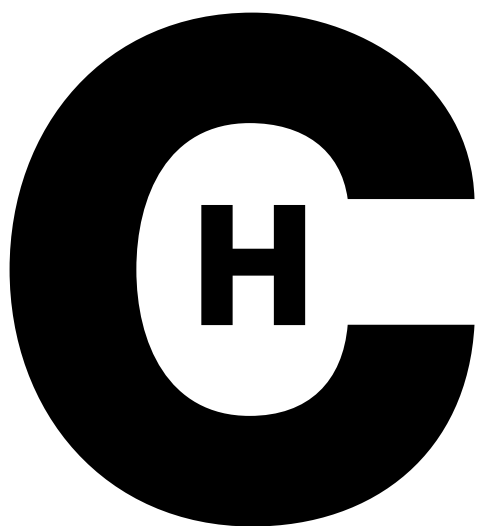




762
diciembre 2013

**Cuadernos
Hispanoamericanos**

762 Índice

Dossier

Dossier: Poesía argentina actual

Edgardo Dobry: <i>Darío Canton, la nota infinita al pie de un poema borrado</i>	7
Martín Prieto: <i>Notas sobre la construcción del canon</i>	15
Jorge Monteleone Conicet: <i>El poeta argentino</i>	25
Ezequiel Alemián: <i>Diálogo con Daniel Samoilovich</i>	43

Mesa revuelta

Mario Martín Gijón: <i>Máximo José Kahn, una travesía hacia las raíces</i>	57
Francisco Fuster García: <i>Azorín y los libros: autorretrato de un lector</i>	71
Annalisa Mirizio: <i>La figura temida: All'armi, siam fascisti!</i>	85

Entrevista

Carmen de Eusebio: <i>Rosa Montero: «La literatura consiste en dar vueltas en torno a un centro de silencio»</i>	107
Marie Curie: <i>Querido Pierre</i>	113

Biblioteca

Juan Ángel Juristo: <i>Hablarte en silencio</i>	121
Marta Agudo: <i>Rumbo a la brevedad</i>	125
Arturo García Ramos: <i>Una épica del lenguaje</i>	129
Manuel Alberca: <i>La caja negra del yo</i>	134
Isabel de Armas: <i>El gran mediador</i>	139
Julio Serrano: <i>La venganza es de Roald Dahl: El gran mediador</i>	144

Azorín y los libros: autorretrato de un lector

Francisco Fuster García

José Martínez Ruiz pasó toda su vida rodeado de libros. Desde que vino al mundo un 8 de junio de 1873, el niño que años después se convertiría –previa adopción del apellido de uno de sus personajes como seudónimo– en un reconocidísimo escritor, vivió en un ambiente que, si no determinó de forma irremediable su destino (fue el mayor de nueve hermanos y el único que se dedicó a la literatura), sí debió de influir de manera decisiva a la hora de moldear su carácter y predisponer su ánimo. Y es que el interés por los libros fue una constante en la obra y el pensamiento de Azorín, una especie de «amor de juventud» al que siempre se mantuvo fiel. En uno de sus volúmenes de recuerdos, titulado *Memorias inmemoriales* (1946), contó que, siendo pequeño, solía ver a su padre por la noche, antes de cenar, «sentado de costado en su mesa y leyendo un libro de historia». Por entonces, nuestro protagonista no era todavía «Azorín»; era un adolescente inquieto que curioseaba en la biblioteca familiar de su progenitor, un abogado natural de Yecla que llegó a ser alcalde del pueblo alicantino de Monóvar por el Partido Conservador. Una costumbre paterna, la de convivir a diario con los libros, que, sin ninguna duda, tuvo algo que ver en la temprana afición del hijo por la lectura y en su, por entonces todavía incipiente, vocación literaria.

Lo que me propongo en este ensayo es escribir lo que podría haber sido un capítulo más de esas memorias que el autor de *La voluntad* nos dejó repartidas en varios volúmenes. Una especie de autorretrato que nos descubra el origen de la pasión azoriniana por la lectura y de su posterior evolución a lo largo de las distintas edades que fue cumpliendo este inmortal alicantino de longeva y fecunda vida. Y es que, al margen de la infinidad de comentarios y

juicios sobre la bibliofilia azoriniana vertidos durante décadas por la crítica, lo que verdaderamente me genera curiosidad –y espero que al lector le suceda lo mismo– es contrastar las opiniones del propio Azorín sobre su relación personal con los libros. Por eso, voy a tratar de reconstruir una posible teoría azoriniana sobre la lectura (y la relectura), partiendo de anécdotas reales vividas en primera persona por ese lector voraz que fue Martínez Ruíz, y de las reflexiones sobre la materia que fue realizando de forma periódica en los pasajes autobiográficos de sus libros y, sobre todo, en los cerca de cinco mil quinientos artículos de prensa que publicó en distintos periódicos de España y Argentina durante sus más de sesenta años de profesión.

Esos días azules y ese sol de la infancia

Tal vez no haya días más plenamente vividos
en nuestra infancia que aquellos que creímos dejar
pasar sin vivirlos, aquellos que pasamos con uno de
nuestros libros preferidos.

Marcel Proust
Días de lectura (1905)

En el primer capítulo de *Las confesiones de un pequeño filósofo* (1904), un narrador inequívocamente autobiográfico se dirige al lector para manifestarle sus dudas sobre la utilidad de escribir unas páginas en las que pretende rescatar algunos recuerdos de su propia existencia. De la descripción del lugar físico –la biblioteca de la casa de campo familiar en el Collado de Salinas– en el que se encuentra Azorín cuando se dispone a empezar ese ejercicio de autoanálisis, me interesa citar aquí las palabras que dedica a unos libros viejos que, con su sola presencia en la habitación, logran atraer su mirada y retrotraer su imaginación hasta esos proustianos días de lectura disfrutados en su niñez y adolescencia:

Yo estoy sentado ante la mesa; sobre ella hay puesto un velón con una redonda pantalla verde que hace un círculo luminoso sobre el tablero y la deja en una suave penumbra el resto de la sala. Los volúmenes reposan en sus armarios; apenas si en la obscuridad destacan los blancos rótulos que cada estante lleva –*Cervantes, Garcilaso, Gracián, Montaigne, Leopardi,*

Mariana, Vives, Taine, La Fontaine— a fin de que me sea más fácil recordarlos y pedir, estando ausente, un libro.

Yo quiero evocar mi vida; en esta soledad, entre estos volúmenes que tantas cosas me han revelado, en estas noches plácidas, solemnes, del verano parece que resurge en mí, viva y angustiada, toda mi vida de niño y de adolescente.

Justo sesenta años después de que se publique esta novela, en 1964, Taurus publica un libro de Jorge Campos titulado *Conversaciones con Azorín* en el que se recogen una serie de entrevistas que este estudioso mantuvo con el escritor de Monóvar y en las que, con mayor o menor protagonismo, aparecen todos los temas que forman parte de lo que podríamos llamar el «universo azoriniano». Durante una de esas charlas, informales pero muy jugosas, y mientras Azorín revisa los títulos reunidos en su casa madrileña, el entrevistador le observa y piensa «en lo que le llama la atención de sus recorridos al alba por los estantes de su biblioteca y por las páginas de los libros: su pueblo, la tierra. Me da la impresión —conjetura Campos— de que le reclama lo que puede ligarle al pueblo, a los recuerdos de infancia, que todavía están guardados, olvidados por los años, más recientes, de juventud y madurez». Han pasado seis décadas y el joven Martínez Ruiz —como firmaba sus primeras novelas— es ahora un célebre escritor y un maestro del castellano, un venerable anciano que, pese a su inevitable decadencia física (jamás psicológica y, mucho menos, lectora), seguirá leyendo hasta el final de sus días, con ese perenne recuerdo de sus primeras lecturas.

En medio de estos dos episodios vitales, Azorín ha ido elaborando a lo largo de los años una compleja filosofía sobre el libro que se nutre, naturalmente, de sus experiencias personales. Para nuestro autor, cada etapa de la vida tiene sus características y, por lo tanto, su manera de afrontar la lectura. Cada lector es un mundo y no se lee lo mismo a una edad que a otra distinta, pues cada lectura requiere, para ser provechosa, de unas condiciones que le sean propicias. En el caso de las lecturas infantiles, por empezar por el principio, Azorín lo tiene muy claro y, en contra de quienes, apelando a su supuesta incapacidad para comprenderlos, abogan por no facilitar a los niños el acceso a cierto tipo de libros,

verbigracia las novelas que leen los adultos, opina justo lo contrario. Para él, el bien máspreciado de un lector infantil es que su pensamiento es más libre que el del resto, pues todavía no se han instalado en él los prejuicios que sí tenemos los adultos. Precisamente por eso, las novelas deben formar parte de su dieta lectora, porque potencian la imaginación del niño en el período de la vida en el que más necesita de esos estímulos. Lo importante, concluye el escritor en un ensayo titulado «El arte de leer», es que las novelas que demos a los pequeños sean buenas, pues así educaremos su gusto y propiciaremos que, más adelante, sean ellos mismos quienes rebasen esos límites en busca de nuevos retos:

¿Deben leer los niños todo lo que leen los adultos? «No lo comprenderían», dicen unos. «Sería dañoso para ellos», dicen otros. Y no sabemos si lo comprenderían o si sería dañoso. Los niños comprenden muchas más cosas de las que suponemos los hombres. Los niños se apropian los hechos de distinto modo que nosotros. La naturaleza es en esa edad fuerte, impetuosa, virginal. Y puede permitirse en los niños lo que no se permite en nosotros los adultos. Pueden hacer los niños lo que nosotros no podemos hacer. Una lectura tiene en nosotros una resonancia que en los niños no tiene. Leemos nosotros cargados de sentimientos, ideas y reminiscencias de sanciones, y los niños leen con el cerebro limpio y lozano. No ponen, por lo tanto, en la lectura los elementos –aviesos elementos muchas veces– que nosotros ponemos.

[...] Las lecturas novelescas son las que incrementan la imaginación. En un niño inteligente, pronto de lo novelesco literario se pasará a lo novelesco real, científico. El mundo es una pura novela. Tiene tanto interés la naturaleza –campos, mares, cielo– como la más apasionante novela. Lo importante es ver en la naturaleza, ver y sentir, el interés que nos cautiva en la novela. Un niño despierto, vivo, que vea interés en la novela, que lea novelas, que se interese en la lectura del *Quijote* o de *Eugenia Grandet* o de *El amigo Manso*, pronto se interesará en la novela del campo, del cielo y del mar. No pongamos límites a las lecturas de los niños. Las únicas restricciones lícitas son aquellas que marcan la separación entre la materia áurea y la materia vil. No

es lo mismo una novela de Cervantes, de Balzac o de Galdós que una novela de un autor ínfimo. Demos de comer intelectualmente a los niños; démosles de comer de todo (*La Prensa* de Buenos Aires, 20-X-1935).

Por otra parte, y siguiendo con la propuesta de caracterización azoriniana, las lecturas que realizamos durante la niñez tienen la virtud de que, a diferencia de lo que sucede con la mayoría de libros leídos en la madurez, estas quedan grabadas a fuego en nuestra memoria, de forma que el paso de los años no logra borrar jamás el poso que esas primeras páginas dejaron en nosotros. En esto vuelve a coincidir Azorín con un Marcel Proust que también nos advirtió sobre el hecho innegable de que el recuerdo más importante que dejan las lecturas de la infancia no es el de los libros, ni el de su contenido, sino el de todo aquello que envolvía al acto de la lectura: «lo que dejan sobre todo en nosotros es la imagen de los lugares y los días en que las realizamos. Yo no escapé a su sortilegio: al querer hablar de ellas, he hablado de algo totalmente distinto de los libros, porque no es de ellos de lo que las lecturas me han hablado». Para el novelista monoverense, todas las circunstancias que conforman el contexto de la lectura influyen en nuestra valoración de la misma, de manera que un libro excelente, leído en un estado físico y mental poco receptivo, nos puede dejar un mal sabor de boca, y viceversa: un libro de baja o mediana calidad puede proporcionarnos placer por una serie de factores externos que no dependen de su valor literario. En su artículo «Una opinión» (*ABC*, 12-I-1907), nos explica que la lectura es el resultado de un proceso de interacción en el que intervienen dos partes: «un libro constituye siempre la mitad de la sensación que resulta de la lectura; la otra mitad la ponemos nosotros, nos la proporciona el momento en que leemos, los recuerdos personales que suscita en nosotros la lectura, el estado propicio, etc., etc.». Veinte años después, y en otro texto titulado «Leer y lectores» (*ABC*, 27-III-1952), vuelve a insistir en que, a la hora de leer, y como decía Virginia Woolf, el único consejo válido es el de no aceptar ninguno, pues no hay una regla universal a la que acogerse: «todo es subjetivo en la lectura; la lectura depende del lector. La norma que sirve para uno no sirve para otro. En la lectura hay que tener en cuenta quién la hace, en qué edad, en qué sitio,

en qué circunstancias». Aunque el contexto en el que leemos una obra debería ser el ideal siempre, la importancia que, según Azorín, adquiere esa atmosfera mágica que envuelve a la lectura durante la infancia es, si cabe, todavía mayor, puesto que las lecturas realizadas en ese período tienen el valor añadido de ser las primeras.

Juventud, ¿divino tesoro?

Las lecturas juveniles, incluso infantiles, son de extraordinaria importancia. He dicho a veces que la lectura temprana de la mayor parte de la extensa obra de Juan Valera, un poco más tarde, entre los trece y los dieciséis o diecisiete años, fue como esa capa de minio que se suele dar al hierro, sobre la cual se superponen otras pinturas cuya recepción ulterior está hecha posible por aquellas primeras. Sería conveniente ver con claridad las deudas que se tienen con las lecturas primeras.

Julián Marías
«Zorrilla» (*ABC*, 14-X-1993)

Si los libros leídos antes de la edad madura ocupan un lugar tan destacado en la teoría azoriniana sobre la lectura es porque, a juicio del novelista, su influencia en nuestra persona va más allá de la que dichas obras pudieron ejercer en su momento. Al igual que le sucedía a Julián Marías cuando reconocía la imposibilidad de saldar su deuda con aquellos autores y títulos que guiaron sus primeros pasos en ese largo camino que lleva a la formación de un buen lector, Azorín también tuvo palabras para esas lecturas adolescentes de las que –casi siempre– guardó un gratísimo recuerdo. De hecho, cuando –ya de mayor– quiso releer aquellos libros gozados durante la niñez, nunca pudo evitar que el recuerdo albergado en su memoria le asaltara de nuevo, con lo que cada relectura nueva, llevaba indefectiblemente aparejada la remembranza de aquella impresión original que el paso del tiempo no había sido capaz de borrar:

Hemos leído, por ejemplo, un libro siendo niños o adolescentes; lo hemos leído ávidamente, con ansiedad; si era un libro prohibido por nuestros padres o nuestros maestros –una de

esas prohibiciones que muchas veces no tienen razón de ser—entonces, a hurtadillas, a sombra de tejado, hemos ido devorando, devorando esas páginas vitandas que para nosotros, muchachos, tienen toda la profunda atracción del peligro... Pasa el tiempo; nuestra vida se va poblando de libros leídos en todos los momentos, de libros escritos en varias lenguas, de libros que hablan de mil cosas, de muchedumbre inmensurable de libros. Y cuando han pasado veinte, treinta años, un día recordamos aquel libro que en nuestra muchachez leímos ansiosamente a escucha gallo. ¿Por qué no volver a leer aquel libro que tan hondamente nos impresionó? ¿Qué libro era aquél? ¿Qué decía aquel libro? Cuando volvemos a leer aquellas páginas una tremenda decepción —ya prevista por nosotros— se apodera de nuestro espíritu; o bien —el caso es también frecuente— al leer este libro *remoto*, no leemos sus páginas reales y efectivas, sino que vamos repasando emociones pretéritas, asociaciones de ideas lejanas, ideas, recuerdos y sentimientos que van encadenados indefectiblemente a un pasado de dicha —la adolescencia— que ya no volverá a surgir para nosotros. El fenómeno podrá repetirse cuantas veces leamos en este libro. Y entonces, ¿cómo no será para nosotros este autor, acaso mediocre, tan hondo, tan sugestionador, por lo tanto, tan amado como Shakespeare, Cervantes o Leopardi? («Los libros», *La Vanguardia*, 3-IV-1912)

Como digo, son varios los textos en los que el novelista alicantino se retrotrae a los años de juventud para recordar sus experiencias como lector en distintos ambientes. Quizá uno los episodios más llamativos en la historia de la relación de Azorín con los libros lo encontramos en un pasaje impagable de *Las confesiones de un pequeño filósofo*. En el breve capítulo de esta novela autobiográfica titulado «Mis aficiones bibliográficas», el protagonista describe con minuciosidad un episodio revelador acontecido durante una jornada en el Colegio de los Padres Escolapios de Yecla donde, de adolescente, nuestro autor pasó varios años internado como estudiante. La escena es la siguiente: el maestro, siempre vigilante y represor, se ha ausentado de clase durante un momento. Mientras sus compañeros aprovechan este vacío de autoridad

temporal para organizar un pequeño caos, corriendo de un lado a otro del aula y subiéndose a los pupitres, el joven Martínez Ruiz prefiere aprovechar ese lapso de libertad para, a pesar de las condiciones, concentrar su atención en un libro cuya lectura le tiene atrapado. En medio de aquel alboroto, logra avanzar alguna página hasta que, de pronto, algo interrumpe bruscamente ese instante de felicidad suprema:

Hace un momento ha salido el maestro; no hay nada comparable en la vida a estos breves y deliciosos respiros que los muchachos tenemos cuando se aleja de nosotros, momentáneamente, este hombre terrible que nos tiene quietos y silenciosos en los bancos. A las posturas violentas de sumisión, a los gestos modosos, suceden repentinamente los movimientos libres, los saltos locos, las caras expansivas. A la inacción letal, sucede la vida plena e inconsciente. Y esta vida, aquí entre nosotros, en esta clase soleada, en este minuto en que está ausente el maestro, consiste en subirnos a los bancos, en golpear los pupitres, en correr desaforadamente de una parte a otra.

Sin embargo, yo no corro, ni golpeo; yo tengo una preocupación terrible. Esta preocupación consiste en ver lo que dice un pequeño libro que guardo en el bolsillo. No puedo ya hacer memoria de quien me lo dio ni cuándo comencé a leerlo, pero sí afirmo que este libro me interesaba profundamente, porque trataba de brujas, de encantamientos, de misteriosas artes mágicas. ¿Tenía la cubierta amarilla? Sí, sí, la tenía: este detalle no se ha desaferrado de mi cerebro.

Y es el caso que yo comienzo a leer este pequeño libro en medio de la formidable batahola de los muchachos enardecidos; nunca he experimentado una delicia tan grande, tan honda, tan intensa como esta lectura... Y de pronto, en este embebecimiento mío, siento que una mano cae sobre el libro brutalmente; entonces levanto la vista y veo que el bullicio ha cesado y que el maestro me ha arrebatado mi tesoro.

No os diré mi angustia y mi tristeza, ni trataré de encareceros la honda huella que dejan en los espíritus infantiles, para toda la vida, estas transiciones súbitas y brutales del placer al dolor. Desde la fecha de este caso he andado mucho por el mundo, he

leído infinitos libros; pero nunca se va de mi cerebro el ansia de esta lectura deliciosa y el amargor cruel de esta interrupción bárbara.

Y si esto le sucedió en el colegio, donde –a decir verdad– también pasó buenos momentos leyendo el *Quijote* o las novelas de Julio Verne, como el mismo reconoció en alguna ocasión, no fue mejor –ni mucho menos– el recuerdo que le quedó de sus años como estudiante universitario. Como es sabido, Azorín fue un estudiante a la fuerza que jamás sintió interés alguno por la carrera de Derecho, en la que su padre –en un intento de hacer del primogénito un hombre de provecho– quiso que se matriculara para seguir su ejemplo. A pesar de que el joven Martínez Ruiz pasó por hasta cuatro universidades distintas (Valencia, Granada, Salamanca y Madrid), lo cierto es que jamás llegó a licenciarse, ya que su irreprimible vocación literaria y su tendencia a la dispersión en las lecturas, le hacían insoportable el sometimiento a la disciplina que demandaba la carrera universitaria. Esta aversión que le producía tener que renunciar a sus libros preferidos para enfrascarse en aquellos manuales de leyes insoportables, es la que aparece en un artículo en el que describe cómo, durante un paseo por Madrid, conjetura con la posibilidad de una vida imaginaria distinta a la real. En ese soñar despierto, se imagina rodeado de libros, en la habitación que tiene alquilada en una casa de huéspedes, y habla de lo pesada que le resulta la lectura de los manuales que prescriben sus profesores:

Yo estoy sentado ante la mesa, con un libro abierto ante los ojos. Yo intento leer y releer este libro; pero esta es una empresa terrible, imposible. Este libro se titula *Derecho Canónico*, o *Derecho Civil*, o *Derecho Administrativo*, o –y esto es lo más desagradable de todo– *Derecho Romano*. ¿Sabéis qué es una *enfiteusis*? ¿Conocéis el derecho de acrecer? ¿Podréis explicarme lo que es una *anticresis*? Todas estas cosas son francamente absurdas; es posible que en la vida no sirvan para nada. Yo aparto la vista de estos libros y voy leyendo las cosas que cuentan Tolstoi, Renán, Darwin. («Vida imaginarias: en la universidad», *España*, 19-V-1905)

Junto al recuerdo de estas experiencias autobiográficas que me sirven para ir dando forma al autorretrato del Azorín lector que me he propuesto trazar, están las reflexiones más generales sobre la lectura que nuestro autor fue dejando por escrito. Ya hemos visto alguna de sus ideas en relación a los libros leídos durante la infancia y ahora, para cerrar este apartado dedicado a las lecturas juveniles, me interesa rescatar una breve reseña publicada en 1907, con motivo de la aparición de una de las muchas revistas surgidas durante estos años del cambio de siglo. En dicho texto, que lleva por título «Una revista nueva» (*ABC*, 12-I-1907), el escritor aprovechaba la excusa de la aparición de esta publicación, concebida y puesta en marcha por un grupo de jóvenes escritores, para formular una interesante teoría sobre lo impresionables que podemos llegar a ser durante esa etapa de nuestra existencia en la que, a menudo, nos dejamos guiar por un ímpetu juvenil que nos impide analizar las cosas sosegadamente, con la madurez que solo proporciona el paso de los años. «En estos años de la primera juventud –dice un Azorín que se expresa en primera persona del plural, pero desde la distancia de quien ya ha pasado por esa fase–, los libros, las revistas, todo lo que está escrito en letras de molde nos atrae; experimentamos la superstición, o si queréis mejor, el respeto, la veneración, la admiración por lo impreso». Son años, prosigue el novelista en su análisis, en los que, además de leer muchos libros, «sentimos deseos de que los demás sepan que nosotros sabemos; si escribimos algo, nos apresuramos a sembrar con el trabajo estas o las otras citas de escritores que hemos leído». Sin embargo, concluye el razonamiento, tenemos el problema de que, ni tenemos experiencia como escritores, pues apenas hemos emborrinado unas páginas en las que «un maestro indulgente experimentado y amable nos hará ver –si nos lo hace ver– que allí en aquella nuestra obra falta esa sensación propia, ese no sé qué peculiar, ese matiz de quien ha reflexionado mucho, de quien ha vivido la vida»; ni tenemos, tampoco, el juicio que solo posee un lector consumado, capaz de discernir «hasta qué punto es preciso leer libros y hasta qué otro tener en cuenta lo que dicen los libros». En esta etapa de nuestra vida, parece querernos decir Azorín con esta atinada reflexión, lo dionisiaco de nuestro ser –por emplear la clásica dico-

tomía nietzscheana—, parece imponerse a lo apolíneo, de manera que el ansia por demostrar que sabemos leer y escribir nos impide, paradójicamente, dominar como se requiere cada una de esas dos facetas. Solo el lector que ya ha alcanzado la madurez, sabe captar toda la sustancia de sus lecturas y puede percibir una gran verdad sobre los libros: «la de que no sabe más quien lee más número de ellos, sino quien los lee mejor».

Y esto me lleva directamente a la última de las tres etapas en las que he querido dividir esta semblanza del Azorín lector.

Lo bueno, si releído, dos veces bueno

Llega una etapa en la vida en la que, hechos todos los viajes, conocidas todas las experiencias, no hay mayor disfrute que el estudiar y ahondar en lo que ya se sabe, el saborear lo que se siente, el ver y el volver a ver a los que se ama: puras delicias del corazón y del gusto en la madurez. Es entonces cuando esa palabra, *clásico*, adquiere su verdadero sentido, que se concreta para el hombre de gusto en una elección de predilección e irresistible. El gusto ya está hecho, está formado y es definitivo; el criterio sopesado, si hemos de tenerlo, ya llegó. Ya no tenemos tiempo para probar, ni ganas de salir a descubrir. Nos conformamos con los amigos, aquellos que el largo trato hizo perdurar; viejos vinos, viejos libros, viejos amigos.

Charles-Augustin Sainte-Beuve,

¿Qué es un clásico? (1850)

Azorín concibe la vida del lector como un largo proceso de maduración en el que las lecturas que vamos realizando durante cada una de los períodos —infancia, juventud o vejez— no son necesariamente privativas de una determinada edad; al contrario, los libros leídos en nuestra niñez pueden ser perfectamente complementarios de aquellos otros que gozamos en plena madurez o que, ya la final de la vida, releemos a la vejez. Es más, en la filosofía de la lectura del escritor monoverense, la relectura ocupa un lugar central, pues —como es sabido— su propia obra crítica fue justamente eso: un constante redescubrimiento de los clásicos de la literatura española que, bajo el prisma azoriniano, fueron reinterpretados

para adquirir, muchas veces, un significado nuevo, lleno de matices antes no considerados. Como ya he dicho, nuestro autor fue un firme defensor de no censurar la variedad en las lecturas infantiles a partir de ese criterio excluyente según el cual, las obras apta para adultos resultan, la mayoría de las veces, ininteligibles para los niños. Sin negar que la capacidad del niño para aprehender la sustancia de un libro complejo tiene sus límites, Azorín mantuvo siempre que lo importante de esas primeras lecturas es la herencia que cada una de ellas deja en nosotros. Por decirlo empleando una metáfora geológica, la mente del lector es un como terreno virgen y fértil que se nutre de los sedimentos que, poco a poco, se van posado en él. Por eso, cuando, ya en la edad madura, volvemos a esos títulos que en su día no logramos entender del todo, aquellas primeras lecturas –que siguen presentes en nuestra memoria– cobran por primera vez todo su sentido:

Ahora es cuando con más gusto, con más eficacia, vamos a repasar los libros. Y aquí tenemos libros que siempre serán nuevos. Aquí están la *Odisea*, el *Quijote*, la *Divina Comedia*, *Hamlet*. No entenderemos seguramente todo lo que dicen. Pero si no hubiéramos leído estos libros inmortales siendo niños, nos faltaría algo en nuestra vida. No los entendemos; pero tendremos siempre la sensación de su lectura en la infancia. Y esa sensación la compulsaremos con la sensación que tengamos en la juventud. Y la sensación que tengamos en la juventud nos servirá para contrastarla con la sensación definitiva, honda, que tengamos en la plenitud de la vida. Y de este modo una huella de luz, la luz del genio, se habrá formado en nuestra sensibilidad a lo largo de los años. Y así las cosas, esas cosas que nosotros hemos conocido y palpado en nuestra niñez, tendrán ahora, en la edad madura, lo que sin eso no tendrían («Bibliotecas», *Luz: diario de la República*, 13-III-1933).

Para Azorín, el lector maduro tiene, precisamente por su mayor experiencia, algo que no posee el joven: conoce los secretos del «oficio» y sabe que, en la lectura, la cantidad jamás equivale a la calidad. Como nos dice en el ya citado «El arte de leer»: «El joven lo lee todo, el anciano no lee sino lo que debe. El joven lo lee todo y todo aprovecha poco. El anciano lee poco y de lo poco lo

aprovecha todo». La diferencia entre el lector de veinte años y el de sesenta, insiste el escritor, radica en que al primero le puede el ansia por digerir rápidamente todos los libros que «hay que leer»; el segundo, por su parte, que no dispone ya del tiempo que sí tiene el joven, es mucho más selectivo en sus gustos: «El viejo sabe –cuando es docto– lo que no ha de leerse. Reduce sus lecturas a lo selecto del mundo. Sólo los grandes autores merecen su elección. Ve entonces en ellos lo que no veía a los treinta años».

«Pasará el tiempo –sentencia un Azorín ya sexagenario en «La lectura» (*ABC*, 15-I-1946)– y se llevará muchas cosas: entre ellas, al propio tiempo de que disponemos para la lectura. En la vejez ya no podemos leer tanto como antes; pero tenemos una ventaja; releer es leer por primera vez». El tiempo, factor omnipresente en la obra azoriniana, es el que marca el ritmo en las distintas edades que se suceden en la vida de todo lector y es, de la misma forma, el juez supremo que nos obliga a dejar de leer todo lo que nos gustaría, justo en el momento en el que mejor podríamos saborear los libros y comprender, por fin, todo lo que significan Cervantes o Shakespeare. Es un paradoja terrible, pero es la triste realidad: cuando tenemos tiempo para leer, nuestra inexperiencia nos impide disfrutar plenamente el placer de la lectura; cuando –como dice Sainte-Beuve– nuestro gusto ya se ha formado y queremos ahondar en lo que ya sabemos, la cercana presencia del final nos obliga a discriminar, a saborear cada página que leemos como si fuera la última.

En uno de los muchos cuentos que publicó en el periódico *La Prensa* de Buenos Aires durante la Guerra Civil (que pasó exiliado en París) y los años inmediatamente posteriores, Azorín recrea la vida de un viejo bibliófilo llamado Arnaldo, quien vive una casa antigua en la que goza de una imponente biblioteca, formada con millares de libros viejos comprados en librerías de lance. Quizá lo más interesante del artículo es que, hacia mitad del texto, nuestro autor aprovecha la historia personal del protagonista del relato para exponer su teoría sobre la relectura en la senectud y para lanzar un mensaje claro: los libros son útiles cuando confrontamos lo aprendido en ellos con la realidad cotidiana del día a día. Leer es importante porque educamos nuestra sensibilidad, pero esos

pequeños placeres que dan sentido a la vida también se pueden encontrar dando un paseo por el campo, al atardecer:

Libro a libro, a lo largo de cuarenta años, se ha formado la biblioteca de Arnaldo. Como Arnaldo ha alcanzado los buenos tiempos en que los libreros no sabían el valor de los libros extranjeros antiguos, Arnaldo ha podido adquirir casi de balde libros de otras literaturas de que no existen sino rarísimos ejemplares. ¿Y para qué quiere él estas preciosidades? ¿Para qué las quiere si a su edad apenas lee y cuando lee lo hace en ediciones modernas de esos rarísimos libros? Arnaldo ha llegado al momento en que se necesita ahorrar tiempo y fuerzas: no podemos despilfarrar las horas en lecturas vanas. Cada vez las fuerzas son menores, y cada vez el tiempo de que disponemos es más reducido. El joven que le envía su libro a un viejo debe saberlo. A cierta edad, más que leer de nuevo, se relee. Gustamos de despedirnos de los libros que nos han cautivado en la juventud; tenemos curiosidad –la curiosidad no se pierde nunca– por conocer qué nos parecerá ahora lo que antaño nos gustó o nos desagradó.

Y después de todo, ¿será tan necesaria la lectura? La lectura afina, sin duda, la sensibilidad; la afina y entristece a la vez el ánimo. Pero, ¿y la realidad viva? ¿Y la conversación que indicia los ajenos caracteres y abre la puerta al análisis psicológico? ¿Y la contemplación del paisaje y el seguir atentamente las labores del campo? Nos dice tanto como una docena de volúmenes la estancia de quince días en la campiña, y llega tan hondo como un poema en nuestro ser la visión, en la montaña o en el llano, del alba o del atardecer. Y no hablemos de la majestad de las noches campesinas, en que el cielo tachonado de puntitos brillantes mete en nosotros el misterio, aviva el problema del tiempo y nos hace meditar en nuestro destino («Los libros», *La Prensa* de Buenos Aires, 9-VIII-1942). ©